

No hago lo que digo

Fulgencio Fernández

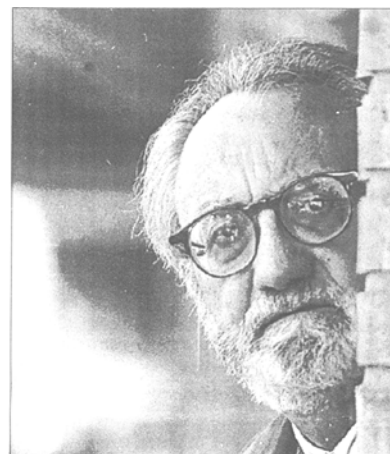
El barbado y berciano Pereira suele repetir que todo comenzó escuchando historias desde detrás del mostrador de la ferretería que su padre tenía en Villafranca. Eran tiempos de vida más pausada, mucho conversar y en los que sucedían muchas cosas. Recuerda que siendo un niño se proclamó la República y él lo notó en un hecho de esos que a él le gustan para ser el chispazo que da origen a uno de sus cuentos. "Mi padre vendía unas palas que se llamaban Nacional porque traían la bandera de España junto a la marca. Después de proclamarse la República, cuando yo era un niño, desapareció el nombre y siguieron viniendo con bandera, pero la tercera franja era morada, no roja e, incluso, obligaron a repintar las que había en la tienda, para fastidio de mi padre que además de tener que trabajar era un hombre de derechas y profundamente monárquico".

Ahora historias como ésta y otras casi cien acaban de aparecer en el volumen de cuentos titulado "Me gusta contar" (Taller de Mario Muchnik) cuya selección ha realizado el propio Antonio Pereira, lo mismo que un breve prólogo. "No puedo explicar muy bien qué criterios he utilizado a la hora de hacer la selección. Lo que he hecho es fiarme de un instinto que sé que tengo pero que no sé explicar, sobre todo a la hora de acomodar las piezas, de colocarlas en un orden determinado". De lo que sí se ha dado cuenta el villafranquino al hacer la selección es de que tiene una considerable producción en este género del cuento, en el que está considerado como uno de los grandes especialistas. "y para seguir... pues no tengo ganas de parar, pero con una condición, la de no hacer más de lo mismo, la de no repetir esquemas ya trillados o historias ya contadas".

Y mira para atrás. Esta selección le ha permitido releerse ("algo que hago pocas veces") y recordar sus primeros pasos por el relato corto. "He vuelto a encontrarme con aquel narrador inocente, poco maleado por la literatura y que contaba de una manera muy llana, como el agua que brota de una fuente. Lo que pasa es que ahora, después de haber leído mucho, de haber escuchado teorías e, incluso, haberlas producido me encuentro con que siento nostalgia de aquella sencillez y creo que con la edad hay un retorno a aquellas fuentes primeras. Me da la impresión que mi literatura es la metáfora inexorable de mi vida, una vida que empieza con el candor

de la infancia y termina uno siendo un viejo candoroso".

"Un aire de familia" es lo que dice Antonio Pereira que tienen los relatos de "Me gusta contar", una condición que él ha buscado al hacer la selección y que cree haber encontrado gracias "a la voz del narrador. Los teóricos distinguen mucho entre autor, narrador y protagonista -y hacen bien que viven de eso- pero yo al escribir quizás me paso un poco al dar una sensación autobiográfica que es falsa, yo no he hecho las cosas que escribo que he hecho en primera persona, pero creo que le va muy bien al relato, le dota de una personalidad propia, de, en definitiva, un aire de familia".



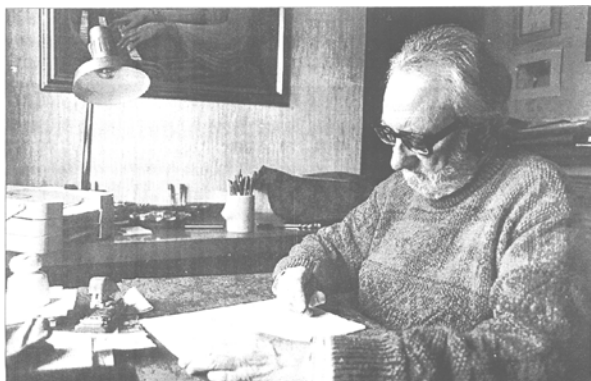
Y cree el escritor villafranquino que esa tendencia a la narración en primera persona es hija de su condición de amigo de la conversación, en la ferretería de su padre o en cualquier cantina del Bierzo. "En Villafranca, y todo el Bierzo, se da mucho la narrativa oral. A mí siempre me apasionó el escuchar historias y ahora mismo me sucede que mientras camino por la calle, espero el autobús o el turno del dentista oigo un fleco de conversación que se me queda y no puedo evitar comenzar a crear una fabulación, que unas veces se plasma literariamente y otras veces no. Por ejemplo, si escuchas a alguien que dice «claro hombre, que iba a saber el pobre si le ocultaron los análisis» o cuando una mujer le dice al marido mientras caminan «pues eso de tu madre debería habérmelo dicho antes de la boda». Estos girones de conversación son el estímulo, el mundo, y ahí empiezo a darle vueltas a la historia"

Hablaba Pereira de un "aire de familia" en todos sus relatos. Los estudiosos de su obra siempre hablan, además de ese narrar en primera persona, de humor, del tono irónico de sus historias. "La ironía y la ternura están presentes en mis cuentos. Sucede con frecuencia que el vuelo lírico que a veces me llega se ve un poco alicortado por un inevitable pudor mío y lo convierto en ironía. Esto se ve, por ejemplo, en *Una tarde a las ocho* un libro en el que hay un poema, una oración al Señor por las penas que paso cada día teniendo que vigilar si está cerrado el butano, si a una criatura le puede caer una maceta mal colocada y mil cosas así, por lo que termino pidiéndole a Dios que se quede él al cuidado de todo eso pues yo tengo que ir a un asunto y quizás no vuelva. Era un poema que a mí me conmovía y que probablemente otro poeta llevaría por los caminos de la oración en el sentido teológico, pero a mí me conduce a la ironía. Esto mismo ocurre en los relatos, la ironía siempre está presente pero en un grado que nunca llega al sarcasmo, que es un grado de ironía que puede llegar a ser hiriente e injusto contra terceros. Pero esta

ironía siempre la acompaño de ternura porque yo quiero a mis personajes y con alguien que se quiere hay que ser tierno, no puede ser de otra manera".

Otro de los componentes de ese "aire de familia" de los relatos de Pereira es un determinado tipo de erotismo, venial, más sugerente que explícito, que el villafranquino maneja con verdadera habilidad. Un compañero suyo de tertulia en el café Madrid, el ya fallecido Ramón de Garciasol, lo definió con una expresión realmente acertada erotismo diocesano. "Es cierto que es mis obras suele asomar la oreja un cierto erotismo de ese que ahora se llama de baja intensidad y que a mí me parece que el que mejor funciona. Yo veo más emocionante quitarle el guate a una señora de mano enguantada que presentar un striptease disparatado. Yo estimo mucho lo íntimo y en mis relatos aparecen con frecuencia esas ciudades como Astorga o Mondoñedo, que tienen obispo y no tienen gobernador civil o como ahora se les llame, y ese gusto mío por lo episcopal es lo que llevó a mi amigo Garciasol a

acuñar el término de erotismo diocesano., que yo he dejado correr pues me parece acertado".



Todos estos ingredientes han convertido los cuentos de Antonio Pereira en una referencia del género, han ido ganando adeptos. Pero quienes han escuchado al venerable villafranquino narrar sus relatos, o cualquier anécdota, aseguran los relatos

ganan aún más escuchados en su pausada voz. "Es cierto que se dice eso. Algo tendrán que decir que sea bueno de mí y como no soy ni guapo, ni fuerte, ni atleta... pues que resulte comunicativo y grato en el uso de la conversación me parece muy de agradecer". Muchas veces han comprobado quienes le escuchan que este matrimonio alcanza sus mejores registros cuando Pereira escenifica uno de sus cuentos más conocidos, 'Palabras para una rusa'. "Es un cuento en el que se da claramente la sensación de expectativa, siempre está dando la impresión de que algo va a ocurrir pues desde la primera línea el narrador así lo provoca al decir aquello de 'con una rusa tuve una relación tan íntima que no podré olvidarla'. Es una forma de pillar al lector, al igual que se sube la temperatura más adelante cuando dice que 'nunca imaginé que íbamos a llegar a lo que luego llegamos', cuando en realidad todos los que lo han leído saben que no se llega absolutamente a nada, al menos a nada pecaminoso. Tengo gratos recuerdos de recitar este cuento, como una vez en la Universidad Menéndez Pelayo de Santander, con el auditorio lleno, u otra vez en un congreso de escritores en Segovia, donde tuve el privilegio de tener entre los que escuchaban a un tal José Saramago, que se manifestó admirado y luego lo ha

comentado en diferentes ocasiones".

Es evidente que este 'Palabras para una rusa' es uno de los cuentos preferidos por su autor, pero si tuviera que elegir aquellos que resultan más significativos para él entre los sesenta y siete que seleccionó para este 'Me gusta contar' también se queda con otros relatos. "De la primera parte del libro, la titulada 'Mundo ni ancho ni ajeno', con cuentos viajeros y cosmopolitas, el que más me gusta es 'Casa de niñas en Acapulco', porque deja muy clara esa relación entre lo lejano y lo próximo; es decir, que al final resulta que lo que ocurre en una casa de niñas en Acapulco es ni más ni menos que una duplicación de lo que ocurría en una casa de niñas del Lugo de mis tiempos juveniles. De la segunda parte, 'Las historias del noroeste', no me voy a detener en 'Las peras de Dios', aquel que fue llevado al cine por Chema Sarmiento, lo hago sin duda alguna en el que creo que es uno de los cuentos que no me han salido mal, 'Obdulia, un cuento cruel', la historia de una pobre joven que va a morir y se le prepara un entierro pródigo de camelias, me parece un cuento muy emocionante. Y de la tercera parte, 'Cuentos de Madrid', me resulta simpático el de 'Dalmira y los monjes', pues la tal Dalmira era una moza gallega que vino a Madrid como representante del Benedictine de los frailes. Y uno que reúne mucho de mis preferencias, es uno del tipo de relato conmovedor hasta el punto que cuando releo 'El ingeniero Balboa' me sigue produciendo algún que otro estremecimiento". Siempre ha mantenido Pereira cierta predilección por el libro que toma el título de este cuento, se muestra convencido de que marca un momento de maduración en su carrera. En este libro es cuando los relatos dan un salto y dejan de ser contados en tercera persona para pasar a hacerlo en primera, algo que como el propio escritor reconoce en esta entrevista es una de las señas de identidad de su obra, de su extensa obra dedicada al cuento y cuyas perlas más significadas está en 'Me gusta contar'.

"El cuento se ha ganado el respeto editorial"

Antonio Pereira siempre ha mostrado su fidelidad por el cuento, siempre lo ha practicado, en los buenos y en los malos tiempos, por ello cuando para él han llegado 'tiempos mejores' no se ha recatado en afirmar que al cuento estaba llegando mucho intruso de prensa rosa; lo mismo que no lo sienta nada bien que haya escritores que hablen del cuento como un género menor, que utilizar 'para hacer manos', para entretenerse mientras se ponen con otra aventura 'de más calado'. Por suerte, parece que el cuento camina hacia sus mejores tiempos: "El cuento ya es un género mucho más respetado que hace unos años. Se nota en el mundo editorial y en el mundo de la crítica. Ahora sale un libro de cuentos y tiene su crítica en los periódicos, en los suplementos literarios y en las revistas, gozan del mismo espacio que una

novela o un volumen de poesía, mientras que hace unos años había críticos que esperaban a tener tres o cuatro libros de cuentos para juntarlos y hacer una reseña conjunta".

Y para explicar la marginación editorial que también sufría el relato corto -a él le gusta más decir cuento- utiliza un ejemplo que conoce muy bien, un caso personal, algo que él llama 'un error mío'. "Yo podía haber tenido un libro decoroso de cuentos bajo el título de 'La costa de los fuegos tardíos' pero como en aquel momento si le ibas a un editor con un libro de relatos entrabas por una puerta y salías por otra pues yo convertí los relatos para que pudiera 'venderse' como una novela y así salió y pasó, sin pena ni gloria como novela lo que hubiera podido ser un decente libro de cuentos. Al cabo de los años reparé en parte aquella comezón al extraer un fragmento de aquella sigámosle llamando novela y publicarlo como cuento, es el titulado 'Las cordobesas sueñan con el Danubio'. Fue una especie de restitución a la que no me hubiera visto obligado si el género de cuentos estuviera valorado entre los editores como lo está en la actualidad o lo estuvo siempre en otros países, sobre todo hispanoamericanos".